

## Defensa del mundo vegetal

Por el Dr. Juan PABLOS ABRIL



RECIENTEMENTE acaba de celebrarse un congreso internacional en Estrasburgo sobre la necesidad vital, en el mundo de hoy, de defender a la naturaleza, principio fundamental y sanitario de la vida de las comunidades y del hombre.

Cinco han sido las conclusiones aprobadas por unanimidad absoluta en Estrasburgo: 1.º Defensa de la naturaleza. 2.º Defensa del paisaje. 3.º Defensa del árbol. 4.º Defensa de la flor y 5.º Defensa del aire de las poblaciones. Cinco puntos como cinco quicios de importancia, de tal forma en el sentido estético y sanitario.

Defensa de la naturaleza, esa de la que Ronsard pudo escribir en *Les Bucoliques* que es mejor siempre que el arte. Y aquella de la que Montaigne en sus *Ensayos* II decía: «No es sino una poesía enigmática».

Pero hablando de la Naturaleza, mejor aún nos la define Cervantes en *Trabajos de Persiles y Segismunda*... «La naturaleza, mayordomo del verdadero Dios, creador del Cielo y de la Tierra».

También son antológicas las palabras de Anatole France *Infancia, ratos marginales* cuando dice... La Naturaleza hace al hombre y el hombre rehace la Naturaleza: incesantemente amasa de nuevo a su antigua creadora y le da una figura que no tenía. Y Víctor Hugo en *La pensée* dejó escrita sobre la lealtad del hombre, estas pala-

bras: «La naturaleza, ese perro fiel, que siempre sigue al hombre durante su vida».

A la naturaleza la necesitamos, por eso esas peregrinaciones incasantes de los fines de semana, en que el hombre deja la ciudad para ir al campo y meterse dentro de la propia naturaleza. Vivir en ella y disfrutar de ella.

Sólo se puede ser hombre consciente y bien equilibrado, repitiendo con Gabriel García Tassara, el verso 6.º, hablando *A Elvira* de la naturaleza... «Ama y ama sin fin, y así es tan bella».

Por todo esto y por lo que llevamos tan dentro del alma, nos ha parecido espléndida la primera conclusión del Congreso de Estrasburgo, de defenderla, por que nos rodea llena de vida y alegría y hace descansar nuestros maltrechos cuerpos del ajeteo de este mundo voraz y moderno.

El paisaje es la segunda y grave recomendación y este no es más que el retrato de la naturaleza. Gaspar Gil decía que el paisaje es la traducción al arte de todo lo que tiene de bello la naturaleza y que se individualiza en cada pueblo o lugar.

Defender nuestros paisajes, evitando el feo pegote, que el mal gusto y falta de imaginación del hombre a veces los hace irreconciliables.

Centra después sus conclusiones defensivas en el árbol. Cervantes en *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (parte I, Cap. XXV) nos dice lo siguiente... «¡Oh, solitarios árboles – era en el paraje de Sierra Morena – que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía a mi soledad, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia!

Y Quintana en su epístola a Don Nicasio Cienfuegos, convidándole a gozar el campo, nos dice «¡Arboles prodigiosos! ¿Cuál la mente que así os quiso agrupar? ¿Cuál fué la sublime mente que así os plantó?».

De los árboles también dejó escrito el mismo autor en *Para un convite de amigo*. La copa de los árboles pomposa, grata sombra nos da, nido a las aves, y dulce juego al céfiro lascivo».

Y en los versos finales de *La carrera de árboles* de Salvador Rueda, se lee este magnífico elogio del árbol:

«Los árboles son torres  
que el sol viste de lumbres,  
guardianes que dominan  
los grandes horizontes,

son altos obeliscos  
que Dios plantó en las cumbres,  
que Dios puso en los montes.»

Así se ha podido decir que la gran trilogía del quehacer del hombre, metafóricamente se ha venido expresando en tres importantes cosas: Tener un hijo, escribir un libro y plantar un árbol.

Y Benavente decía que el más bello oficio era hacer o plantar árboles y el más criminal de todos era talarlos.

En cuarto lugar, se ha acordado en Estrasburgo conservar las flores. Qué bello sería el mundo si estuviera lleno de flores. Por esto mismo La Rochefoucauld dijo que la única diferencia del Paraíso, con el mundo, era un jardín de toda clase de flores y plantas.

Y el romanticismo de D. Ramón Campoamor le llevó a decir en «Utilidad de las flores» que

¡Morir con una flor entre las manos  
es morir abrazados con el cielo!

Dos hombres han cantado la alegría, el color y belleza de las flores, en su prosa y en sus versos; fueron el poeta sevillano Francisco de Rioja (1580-1659) y en el siglo pasado Selgas. Tanto amor las expresaron, que se han quedado con el sobrenombre de poetas de las flores.

Ved un jardín lleno de flores y os sentiréis fuera de las vanidades del mundo. Hoy que el asfalto y el cemento lo invaden todo, su único contrapunto es la flor y el árbol.

Y cuando queremos destacar a un hombre o mujer que vive sencillamente, que no sufre los zarrazos del mundo, le encajamos la expresión latina «andar entre flores» o *In viola esse*.

Desde luego, benditos y benefactores, los hombres que al servicio del bien común o la «res pública» siembran nuestras ciudades de plantas y flores, en dulce geometría.

Por último, el Congreso de Estrasburgo se ha ocupado de dos alarmantes medios patológicos que asolan las ciudades y al hombre de hoy y son el ruido y la impurificación de la atmósfera. El ruido, por que es la gota de agua atormentadora y capaz de engendrar una crispante neuropatía y los gases tóxicos que impurifican la ciudad por sus industrias y automóviles, porque cierran la purificación del oxígeno, en ese ciclo vital del alvéolo pulmonar, donde a través de la tenue membrana exhalamos el anhídrico carbónico y recogemos

el oxígeno... Pero en las grandes ciudades, se nos pasan por esa membrana algunas cosas más, tóxicos, que el tiempo dirá el daño que nos hacen.

Resumimos, alabando las cinco conclusiones del Congreso internacional de Estrasburgo y ojalá fueran, no recomendaciones, sino sagradas obligaciones, para el Estado, el Municipio y el hombre en particular. Así no serían las ciudades —como las futurizó Fornies— panteones de cemento para hombres vivos.

